

## **ENTREVISTA A DONATO NDONGO-BIDYOGO<sup>1</sup>**



- 1- Se dice de usted que es el adalid de la literatura de Guinea Ecuatorial. ¿Nos puede decir, por favor, en algunas palabras, quién es usted?**

Mi profunda gratitud a todos, lectores, críticos, investigadores, universitarios de medio mundo (en África, Europa, Estados Unidos y Latinoamérica, incluso países asiáticos) por el creciente interés por mi obra literaria. Agradezco esos elogios porque no me considero adalid de nada; simplemente, llevo trabajando desde hace aproximadamente 45 años por dos objetivos fundamentales: la dignificación de África y de los africanos, y hacer conocer la situación de Guinea Ecuatorial. Para mí, como africano, como negro que por desgracia tiene que pasar la mayor parte de la vida fuera de mi país, fuera de África, es muy importante que los no africanos, los europeos, los americanos, etc., conozcan la situación de nuestros países. Es la única manera de concienciar al resto de la Humanidad sobre la necesidad de que África y los africanos recuperemos el bienestar y la libertad. Ésas son las ideas básicas subyacentes en mi obra. Lo vengo haciendo desde el Periodismo, la Historia -tengo libros y numerosos artículos sobre la Historia de Guinea Ecuatorial y otros países de nuestro continente-. Pero llegó un momento en que ni la Historia ni el Periodismo parecían suficientes para llevar a la conciencia de la gente, del resto de la humanidad, estas inquietudes, por las limitaciones inherentes a estas disciplinas.

La literatura parecía, digamos, el campo ideal donde incidir, desde el cual podía llegar a la conciencia de mayor número de personas. Por eso inicié esta tarea literaria; primera con relatos: *El sueño, La travesía*,... en la década de los 70 del siglo pasado; ahora, más o menos, parece que puedo considerar consolidada mi trayectoria literaria con las tres novelas que tengo escritas hasta ahora. Soy un africano sencillo, como los demás, preocupado y ocupado por estos temas fundamentales, porque si nuestros antepasados y nuestros mayores exigieron la libertad y las independencias, no fue para que, sesenta años después, África y los africanos estuviéramos en la situación actual.

---

<sup>1</sup>Nous tenons à dire que nous avons réalisé cet entretien, enregistré par dictaphone, à Murcia entre le 6 et le 9 mars 2013 avec Monsieur Donato Ndong-Bidyogo.

¿Qué ha pasado para que, más de medio siglo después de las independencias, África esté como está y no hayamos conseguido dignificar al africano? Creo que tenemos la obligación de reflexionar sobre estos problemas, y trasladar esas reflexiones al resto de la Humanidad para que los estereotipos que pesan sobre nosotros dejen de ser tópicos y se conozca la realidad.

También se me atribuye la “paternidad” o la “invención” de la literatura escrita en Guinea Ecuatorial (ambos términos pertenecen a los críticos...). Es por ser autor de la *Antología de la literatura guineana*, publicada en 1984, libro pionero que dio carta de naturaleza a esa realidad cultural hasta entonces inexistente. De esa antología han derivado todos los estudios posteriores sobre el tema. Si antes no existía ni el concepto, después ha emergido una verdadera pléyade de escritores, pilares de una floreciente cultura nacional. Ese “liderazgo” también se fundamenta en mi intensa y constante promoción y difusión de la literatura en mi país cuando fui Director adjunto del Centro Cultural Hispano-Guineano de Malabo, entre 1985 y 1992. Todo ello, además de mi propia obra, confluye para que se me otorgue esta posición de preeminencia. Reconocimiento muy de agradecer.

## **2- El Metro es la última novela que usted ha publicado en 2007. ¿En qué contexto ha escrito esta obra?**

Toda mi vida es una lucha constante por la recuperación de las libertades en mi país, y, por extensión, por la libertad y el bienestar de todos los africanos. Eso no me ha deparado precisamente un entorno de vida agradable. Soporto muchísimas dificultades de todo tipo, presiones políticas y represalias económicas; resulta difícil de creer, pero la pura realidad es que soy un escritor muy pobre. Por eso no escribo al ritmo que sé que puedo escribir, e incluso condiciona mis relaciones sociales. Publico una novela cada diez años y, sin embargo, las escribo con bastante rapidez. Nunca he tardado más de un año y medio en escribir una novela. A ese ritmo, si tuviera unas condiciones adecuadas de trabajo, podría sacar una novela cada dos años; pero tengo que dedicar mi tiempo a la dura tarea de sobrevivir, dar de comer a mi familia, y apenas tengo tiempo para la literatura. Ésa es la explicación de que sólo tenga tres novelas, cuando mi cabeza está llena de ideas sobre otras posibles. También se explica así por qué no terminé la trilogía que prometí a los lectores. Pensaba en esta tercera parte de la trilogía anunciada -*Los hijos de la tribu*- que va perfilándose con suma lentitud, y se cruzó en mi mente la idea de *El Metro*. Fue por el agobio que me producen las noticias que vivimos de de continuo, con preocupación, y diría incluso que con rabia y asco, sobre los africanos que llegan cada día a Europa en condiciones espantosas, humillantes, inhumanas. África se ha convertido en un continente que expulsa de su seno a sus hijos; y nadie sabe, nadie sabrá nunca, el inmenso sufrimiento que padecen estos africanos para llegar a Europa... los que consiguen llegar, que, creo, son la minoría, porque la mayoría muere en el desierto o en el mar en condiciones horribles. Todo eso me produce honda inquietud.

El drama de la emigración africana hacia Europa no es nuevo en mi obra. Es el argumento de mi primer relato, *El sueño*, publicado en 1973: un africano, en este caso senegalés, llega a España de paso hacia Francia para intentar construir una vida mejor. De manera que siempre me ha preocupado: ¿por qué no podemos vivir tranquilamente en nuestros países, con nuestros climas -pues el clima de Europa es absolutamente horrible-, con nuestras culturas, comiendo nuestras comidas, con nuestras familias, desarrollando nuestra vida de una manera, digamos, natural? Esa simple pregunta me llevó a escribir *El Metro*. Preocupación nacida, como digo, hace mucho tiempo, muchos años antes de que se pusiera de “moda”. Reflejo en la novela nuestro punto de vista, pues lo fundamental no es la visión europea del fenómeno de la inmigración. En mi opinión, la reflexión fundamental es: ¿por qué tenemos que salir de África y pasar todas estas dificultades hasta llegar aquí, donde tampoco encontramos la felicidad? Lógicamente, hay que ir a la raíz del fenómeno, explicarlo, argumentar sus razones. Yo vivo en España, país que recibe millones de turistas cada año. Llega

aquí un sueco o un norteamericano para gozar de su sol, de sus monumentos culturales, de su gastronomía; es decir, por diversión, por ocio. Mientras los africanos venimos empujados por dos necesidades básicas: primera, sentirnos personas, encontrar la libertad y los derechos que nos niegan nuestros países desde las independencias (secuestradas por una casta que impuso gobiernos de partido único, dictaduras eternas, y todas sus secuelas para nuestras sociedades y los individuos); insisto: independencias que se exigieron precisamente para que los africanos fuésemos libres, pero que no trajeron libertad. Lo segundo que el africano espera encontrar en Europa es el bienestar que no alcanza en su propia tierra, precisamente por la opresión generada por las oligarquías tiránicas que acaparan todos los recursos. Si no hay ni libertad ni desarrollo, la expatriación aparece como la única válvula de escape. El tema es muy amplio, y no se agota ni en una novela larga como *El Metro*: porque con los emigrantes, jóvenes en su inmensa mayoría, escapan las energías creativas, la fuerza vital, con terribles consecuencias en el orden económico, moral, cultural, y un larguísimo etcétera. ¿No se puede parar esta sangría? ¿Podremos recuperarnos de tanto daño? Son, básicamente, las reflexiones que intento trasladar...

### **3- ¿Qué representa esta novela para usted? ¿Qué importancia tiene dentro de su labor literaria?**

Lo que acabo de decir: un ejercicio de reflexión para que, primero nosotros mismos, africanos, conozcamos y analicemos nuestros problemas; a menudo, la experiencia empírica impide la reflexión. También es necesario que, con tranquilidad, profundidad y rigor, veamos con objetividad cuál es el estado de nuestro continente y de cada uno de nuestros países para empezar a buscar las soluciones. Si no analizamos y reflexionamos, nunca hallaremos la solución. La autocomplacencia es engañosa, pernicioso. Y debemos trasladar estas reflexiones al resto del mundo para que perciban con claridad, directamente desde nuestras voces, desde nuestros sentimientos, cuanto nos ocurre y por qué ocurre. Hasta hace muy poco tiempo, los temas africanos los trataban los europeos y los americanos, sin nosotros. Alguien pasaba unas pocas semanas en un rincón de África y escribía libros con mucho éxito diciendo muchas tonterías, y esas tonterías se solidificaron y consolidaron como estereotipos en el inconsciente colectivo de toda la Humanidad. Ahora nosotros tenemos la obligación de desmontar esos tópicos, explicar sin intermediarios cuáles son nuestras realidades y demostrar la capacidad de analizarlas y de encontrar las soluciones. Todo eso subyace en *El Metro* y en toda mi obra. Los lectores dirán si el experimento es útil, o ha fallado, pues soy consciente de que, al publicar un texto, deja de pertenecer en exclusiva a su autor, al compartirlo con lectores, críticos y demás analistas, participantes activos y no meros sujetos pasivos de la obra.

Por eso prefiero que sean éstos -usted por ejemplo- quienes enjuicien sobre su importancia o su banalidad. Quizá la originalidad del planteamiento esté en que no es una novela sobre un africano en Europa. En *El Metro*, un africano va explicando con minuciosidad el proceso de su huida. ¿Por qué su país se convirtió en un lugar inhabitable? ¿Por qué buscar lejanos horizontes para construir su vida? Hablé antes de algunas de las causas, como la pobreza inducida, puesto que todos nuestros países son ricos; también aludí a la falta de libertad. Pero en la novela se percibe también que ciertas tradiciones, o algunas formas culturales, quizás ya no sirvan al africano actual. Pudieron ser importantes o estar justificadas en épocas pretéritas, pero, en el presente, quizá merezca la pena redefinir su papel; o, simplemente, desecharlas por obsoletas o nocivas. Está demostrado -se dice en alguno de mis libros- que las tradiciones que no se renuevan llevan en sí mismas, inevitablemente, el germen de su autodestrucción. Si los africanos queremos aportar algo al mundo, si no deseamos ser meros receptores de aportaciones foráneas como nos han acostumbrado por desgracia, es preciso renovar, poner al día nuestros múltiples y muy valiosos valores primigenios.

**4- ¿Podemos considerar la emigración de la juventud africana hacia occidente como la consecuencia de la política de “autrification”, es decir, la representación que los africanos tienen no sólo de sí mismos y de sus semejantes, sino también de Europa/Occidente?**

Sí. Cuando analizamos las causas de la huida de nuestros jóvenes, vemos con claridad que la mayoría emigra precisamente por ser jóvenes. Perciben a través de los medios de comunicación globales -cine, televisión, internet, telefonía móvil- que en otras partes se vive de otra manera, mucho mejor. Si en nuestros países no hay ni luz eléctrica, cuanto se vislumbra de fuera queda magnificado, idealizado. Y si no puede alcanzarse en el propio país, se busca la manera de conseguir ese mejor nivel de vida en cualquier otra parte. Por eso África debe estar en este siglo. No podemos permanecer siempre como anclados en el pasado. Hay que vivir y convivir en el momento actual, para no quedar siempre relegados en lo cultural, tecnológico, social o moral.

Al mismo tiempo, debemos ser conscientes de que no todo lo que procede de Europa, no todo lo que viene de fuera, es lo adecuado para nuestra felicidad. La felicidad no es sólo acaparar bienes materiales. Necesita equilibrio interior, conciencia del propio ser, seguridad espiritual. Muchas modas o costumbres europeas son perniciosas. Los africanos tenemos valores exportables. Mi obra literaria es una constante propuesta de reflexión para que sepamos escoger lo que nos conviene, sea de nuestras tradiciones o del exterior. Para desarrollarnos plenamente y alcanzar el objetivo de todo ser humano, que es la mayor felicidad posible, debemos ser capaces de distinguir lo bueno de lo malo. Asumirlo todo indiscriminadamente llevará, en muy pocos años, a la desaparición de África como concepto. Seguiremos existiendo los negros, pero reducidos a caricaturas de europeos, o de chinos, que se van imponiendo en África por la miopía o el egoísmo de ciertos dirigentes.

**5- Una de sus principales preocupaciones sobre la situación socio-política y económica africana le lleva constantemente a preguntarse ¿“por qué somos como somos”? ¿Ha tratado usted a veces de encontrar una respuesta adecuada a esta pertinente interrogación?**

Efectivamente, entré en la literatura al hilo de esta pregunta. Fue en un momento concreto de mi vida. Llegué a Europa -a España- a muy poca edad, catorce años, para estudiar. Los acontecimientos políticos que se desarrollaban en mi país -la autonomía, la independencia, la tiranía de Francisco Macías- me encontraron fuera de Guinea Ecuatorial. Al terminar mis estudios, me di cuenta de que estábamos atrapados, no podíamos regresar. Entonces eran muy fragmentarias las noticias que nos llegaban del interior; eran los años sesenta y setenta del siglo pasado, nada que ver con la fluidez informativa actual; y el país estaba cerrado a cal y canto. Aun así, conocíamos la terrible situación de nuestro país, el sufrimiento de nuestros compatriotas, de nuestras familias. Para que se comprenda, la dictadura de Francisco Macías es equiparable a la de Idi Amín en Uganda, la de Jean-Bedel Bokassa en la República Centroafricana o la de Sekou Touré en Guinea Conakry: los peores tiranos que ha padecido nuestro continente, tan fértil en dictaduras poscoloniales...

Tras el derrocamiento de Macías por su sobrino, el actual presidente, Teodoro Obiang, en agosto de 1979, tuve la oportunidad de regresar; no sabía siquiera si mis padres vivían, porque tenía noticias de que habían muerto apaleados en la cárcel. Regresé a Guinea Ecuatorial para reencontrarme con mi familia y, también, tomar pulso al país. La situación que encontré fue tremenda, terrible. Me produjo un serio trauma. Estuve unos dos meses en mi país, y regresé a España. Por fortuna, mis padres vivían, aunque otros familiares muy directos y queridos sí perecieron en aquel holocausto silenciado. El país estaba devastado, todo estaba destruido, apenas encontré vestigios de humanidad. Estaba obligado a preguntarme cómo había sido posible que los guineanos quedáramos tan deshumanizados que lo habíamos destruido todo, desde la vida de nuestros propios compatriotas hasta la frágil economía que había dejado la colonización española: donde los españoles

dejaron un edificio, sólo existía un solar con hierbas; ya no había luz eléctrica, y se vivía en la oscuridad; en la época colonial que yo recordaba, todos iban vestidos y estaban nutridos; y yo encontré espectros, gente desnuda, esquelética, desdentada, harapienta, sucísima; faltaba de todo, incluso el jabón y la sal. Y, sobre todo, las espeluznantes historias de la crudelísima represión, que reflejaban con nitidez la absoluta banalización de la vida y de la dignidad humanas. ¿Por qué? ¿Cómo habíamos llegado a tan terrible situación?

Sólo encontré, o creí encontrar, la respuesta en la literatura. Una catarsis, una interiorización en la profundidad del alma del guineano, acosado por fantasmas como la colonización -una colonización por un régimen fascista como el del general Francisco Franco-, las supersticiones exhumadas por el oscurantismo falsamente tradicionalista, y un catolicismo de una ortodoxia asfixiante, impuesta desde el Concilio de Trento... Las convulsiones del África poscolonial, la “Guerra Fría”... La pulsante tensión entre las tradiciones africanas denostadas por los invasores y una modernidad no asumida por los colonizados... Quizá toda esa mezcla pudiera “explicar” lo inexplicable..., no sé. Estaba confuso, casi aterrado. Así surgió la idea de escribir *Las tinieblas de tu memoria negra*, mi primera novela, en la que se reflejan todos estos componentes de nuestras señas de identidad. Vaciedad espiritual que, en mi opinión, nos ayuda a comprender muchas de las derivas del África actual. Reflexiones y sensaciones que me llevaron a la literatura como modo de explicarme a mí mismo e intentar acercar a los demás las circunstancias de nuestro estado de abatimiento, de postración.

**6- En el imaginario colectivo africano, los africanos habrían esperado, esencialmente, la llegada de los colonizadores europeos (El Metro alude a ello) para sentir sentimientos étnico-identitarios. Podemos contrastar esta aseveración con otra, que las diferencias tribales siempre existieron en África y que la llegada de los colonizadores no hizo más que exacerbarlas. ¿Qué opina usted? ¿Sería lo mismo para Guinea Ecuatorial?**

La existencia de diferentes etnias es consustancial con el género humano desde la gran dispersión, originada en África, hace miles de años. La diversidad de asentamientos, junto a factores climáticos y otros, condujo a la etnicidad, a la tribalización, con diversidad de lenguas y concepciones culturales y económicas específicas. Así, parece completamente “normal” que a lo largo de la Historia afloren conflictos de intereses en todas partes. El tribalismo no es un fenómeno exclusivo de África. ¿La reciente guerra en los Balcanes no fue acaso un conflicto étnico? Resido en España, y, por los noticiarios de la televisión, parecería que España se desintegrará al día siguiente: vascos, catalanes, gallegos, andaluces, castellanos... tribus contra tribus. ¿Cuál es la especificidad africana? La imposición desde fuera, desde el colonialismo, de una convivencia de pueblos diferentes -a menudo secularmente antagónicos por razones económicas y políticas- dentro de las fronteras de un mismo Estado; al tiempo que se dividió entre diversas naciones a un mismo pueblo. Cuestión de difícil solución. Las fronteras actuales, heredadas del injusto e irracional reparto colonial, no garantizan por sí mismas la paz; pero ¿cómo redefinirlas? ¿Cómo reorganizar el mapa político de África? Está en debate: ¿regresar a las estructuras políticas precoloniales o asumir la herencia colonial?

Mi opinión personal es que sería mucho más perjudicial un intento de recomposición de las fronteras de los Estados actuales para tribalizar mucho más nuestro continente. Las Naciones africanas no son las únicas pluriétnicas. El debate debería centrarse en construir nuestros Estados desde la libertad, dejando que cada individuo goce de plenos derechos y pueda ejercerlos. Que se fomenten los valores positivos, como la solidaridad y la convivencia, en lugar de acentuar los antagonismos y el clientelismo. No han fracasado nuestros Estados, sino el modelo político poscolonial, caracterizado por la opresión y la miseria. La etnia es un factor de estabilidad y cohesión social, si esos sentimientos naturales son bien orientados. En los últimos sesenta años -aunque en rigor, podríamos remontarnos a la época de la esclavitud, como reflejé en mi relato *La travesía*- los dirigentes africanos se han dejado llevar por el discurso colonialista europeo, que fomenta nuestra

disgregación al acentuar los antagonismos. Nuestro deber es construir nuestras naciones desde nuestras propias concepciones y desde nuestros intereses políticos y culturales, en lugar de esforzarnos por ser fieles reflejos del africano esperpéntico, caricaturesco, como Idi Amin, Francisco Macías, Bokassa, Mobutu..., e incluso Houphouet-Boigny y Robert Mugabe, reflejos fieles del imaginario de Jacques Foccart y sus epígonos. La novela de anticipación africana, *El corazón de las tinieblas*, no fue escrita por un africano: Joseph Conrad describió muy bien, a principios del S. XX, lo que era y lo que sería nuestro continente. El reto es, ahora, “matar” al señor Kurtz para recuperar nuestro propio modelo. Es la base de mi discurso. Cuando africanos responsables y honestos asuman los destinos de África, las cosas van a cambiar, y ese cambio es imparable. Pero se necesita voluntad, coraje, constancia e imaginación.

**7- En un mundo tan mercantilista, ¿piensa que la voz de un autor como usted o la de un poeta tiene hoy algún impacto ante nuestros dirigentes?**

Indudablemente, sí. El discurso de las dictaduras -se lo he oído al “mío”, Teodoro Obiang- asegura que los intelectuales no sirven para nada; muchos, africanos o no, preguntan para qué sirve la literatura, sobre todo en países caracterizados por el analfabetismo y la desculturización. Ante todo ello, pienso que si a los escritores africanos se nos lee más fuera que dentro de África, es debido a los bajísimos índices de alfabetización, a la carestía de los libros y demás productos culturales, y factores análogos. Pero éstas no son situaciones estructurales, no son debidas a una fatalidad; la situación africana demuestra que la ignorancia es otro eficaz mecanismo de represión. ¿Qué esperar de unas sociedades famélicas, angustiadas por la enfermedad, sin viviendas dignas, sin horizontes, cuya única actividad es intentar sobrevivir cada día? Luego bastaría con revertir la situación. Y es nuestra apuesta: gobiernos democráticos, sensibles y responsables, capaces de acometer el desarrollo. Así la gente estudiaría, leería, pensaría, tendría poder adquisitivo suficiente y tiempo para el ocio, para la cultura.

Cuando se expresa ese tipo de falacias, pienso en la Rusia de Dostoïevski. ¿Cuántos rusos le leyeron en vida? ¿Cuántos españoles leyeron a Cervantes en vida? ¿Cuántos franceses contemporáneos leyeron a Victor Hugo? Muy pocos, porque eran entonces sociedades incultas, mayoritariamente analfabetas. ¿Tenemos que borrarles por eso de la historia de la literatura? No. Fueron y siguen siendo necesarios. Lo mismo que nosotros, los poetas, novelistas, dramaturgos, músicos, escultores y pintores africanos actuales. Estoy convencido de que la literatura es algo más que un entretenimiento para deleitar a los cuerpos bien nutridos. Es necesaria como elemento de reflexión, como memoria colectiva, como depositaria de la conciencia de una sociedad. Y, por tanto, es un vehículo imprescindible para el cambio, para la transformación. Creo en su papel de subversión, de anticipación. La Historia de la Literatura está llena de ejemplos. Por eso el escritor, el pensador, el intelectual que se niega a ser un mero bufón en la corte del poderoso, es considerado un elemento peligroso, se le persigue, y hasta se le asesina.

**8- La lucha contra el tribalismo político es uno de sus caballos de batalla. ¿Se le considera como un traidor por el poder de su país, ya que usted es fang, etnia del presidente Obiang? ¿Cómo se representan las diferentes etnias en Guinea Ecuatorial aunque, el país no cuente con muchas como en otros países africanos? ¿Interviene también el tribalismo en el exilio?**

Como dije antes, el tribalismo es una realidad en África y en todo el mundo. Guinea Ecuatorial no es diferente; si acaso, un paradigma de lo que no puede hacerse. Lo repito: en un contexto político responsable, las etnias serían un factor de cohesión social. Pero desde nuestras independencias, el tema étnico -como otros tantos- ha sido desenfocado y se ha convertido en un foco de conflictos: clientelismo, desprecio, odio, represión de las que no son la propia. Así, los resultados tienen que ser negativos.

Sobre Guinea Ecuatorial, he investigado y analizado la génesis y consecuencias de este conflicto en libros como *España en Guinea*, y en numerosos artículos históricos. Guinea Ecuatorial tiene siete etnias; la fang es mayoritaria. En la isla de Bioko -Fernando Poo durante la colonización, la tierra nativa de los bubis-, los españoles tenían las mayores inversiones, sus prósperas plantaciones de cacao. Esos colonos inculcaron a los bubis el prejuicio de que los fang, originarios del interior de la parte continental, son “salvajes”, “invasores”, “caníbales”... En la parte continental, esos mismos colonos repetían a las etnias playeras los mismos tópicos; esos mismos colonos decían a los fang que se cuidasen de los pueblos playeros porque eran “traidores” que les habían estado apresando para venderles como esclavos, y que los bubis eran “borrachos”, “holgazanes”, “cobardes”... Ese era el discurso colonial -el famoso “divide y vencerás”-, asumido hasta la médula por muchos. Pero investigando en las fuentes históricas, logré desmontar la falacia: ni un solo fang salió de su territorio para “invadir” la isla, porque fueron deportados como mano de obra semiesclava para trabajar en las fincas de cacao de los colonos.

Tenemos que conocer la verdadera relación existente entre las etnias; y esa relación fue armoniosa, a pesar del discurso disgregador, hasta las vísperas de la independencia. Todos los guineanos estaban unidos contra el colonizador, a favor de un nacionalismo integrador. Es un dato histórico irrefutable, puesto que se agruparon juntos para crear la conciencia nacional, anticolonial. Basta ver la composición pluriétnica de la militancia y de la dirección de todos los partidos políticos independentistas. No se ve asomo de tribalismo. Éste surge de la división propiciada por un colonialismo que no deseaba perder sus posesiones coloniales, y luego sería exacerbado por la dictadura de Macías, y continuado por la dictadura de Teodoro Obiang. Y éstos no son modelos, no podemos basarnos en ellos para construir todo un imaginario. La libertad que propugnamos, y la responsabilidad que exigimos en los políticos que aspiran al poder, nos dará la medida exacta de la situación. Como en absolutamente todos los ámbitos -pues las dictaduras han destrozado todo el tejido social, moral, económico y cultural- debemos ser capaces de reorientar la política de Guinea Ecuatorial. Que esos tiranos ya no sean una referencia. Guinea Ecuatorial no es un “Estado fallido”; la que falla es la casta impuesta desde nuestra independencia, una independencia que no trajo libertad, sino más opresión que el propio colonialismo.

Muchísimos guineanos, de todas las etnias y procedencia, nos encontramos en el exilio. Guinea Ecuatorial es un país pequeño y nos conocemos bien. Algunos quieren pescar en río revuelto, aprovechar nuestra desgracia colectiva, que ya dura casi medio siglo, para reproducir clichés obsoletos y sacarles partido para sus ambiciones personales. También existe gente honesta que trata de tender puentes, poner las bases para una futura convivencia armoniosa. Se hacen propuestas de todo tipo, algunas descabelladas, otras más razonables. Pero creo que es posible articular mecanismos políticos para que cada guineano se sienta libre, viva donde viva o proceda de donde proceda. Por eso no le doy más importancia a este tema, puesto que el exilio no es el espacio adecuado para calibrarlo. Por eso es necesario lograr la libertad en nuestro país, para que todos puedan expresarse, presentar sus programas, y que el pueblo escoja. Por fortuna, ya no estamos en las mismas circunstancias que cuando obtuvimos la independencia en 1968, cuando el pueblo eligió al peor candidato, al más demagogo, al más charlatán. Espero que hayamos aprendido muchas cosas; sería lo deseable.

... Y en cuanto a si alguien me considera “traidor”... No puedo considerar relevante un planteamiento tan necio. No merece ningún comentario.

**9- ¿A la hora de lo que llaman el “village-planétaire”, está usted de acuerdo con los que piensan que el panafricanismo es la solución para salir el continente del subdesarrollo? ¿Los personajes negros emigrantes de *El Metro* no reflejan a regañadientes el fracaso de este panafricanismo?**

En una conferencia que di recientemente en Madrid con motivo de cincuentenario de la OUA, tuve ocasión de reflexionar sobre la unidad continental. El texto íntegro está publicado en Internet. La idea de la unidad africana surgió a finales del S. XIX, y subsiste hasta la actualidad. ¿Por qué no se ha logrado? ¿Por qué

ha fracasado, aparentemente, el ideal Panafricanista? La respuesta está en la historia africana del último medio siglo. Lo dijimos antes: no es un sueño imposible. No es que los africanos seamos incapaces de convivir, dialogar, construir. Claramente, nuestras independencias fueron apropiadas por una casta en nombre del Estado, sin que los africanos llegáramos a ser libres y prósperos, como se formuló en los textos fundacionales (V Congreso Panafricano de Mánchester, 1945; Carta de Addis-Abeba, 1963, etc). Que nuestras banderas ondeen en la sede de la ONU en Nueva York, que nuestros presidentes paseen por el mundo en jets y coches de lujo, es secundario, irrelevante; las independencias se exigieron para que los africanos fuésemos libres y prósperos, y ésa es la idea que tenemos que seguir reivindicando como objetivo primordial e irrenunciable. Mientras no tengamos libertad y desarrollo, no seremos verdaderamente independientes, porque nuestros pueblos mendicantes, nuestro continente cautivo, nosotros mismos oprimidos, torturados, exiliados, obligados a una emigración humillante, no somos nada ante el mundo. Tenemos que ser autocríticos y reconocer que mientras existan barreras interiores que impiden la libre circulación de ideas, personas y bienes, no puede hablarse de unidad; mientras sea más fácil y barato viajar a Europa que a cualquier otra parte de África, es quimérico hablar de unidad; mientras los inmigrantes africanos sean maltratados en países africanos, no podemos tomarnos en serio la retórica sobre la unidad. ¿Fracaso del Panafricanismo? No. ¿Fracaso de nuestros Estados? No. El fracaso es de las políticas de nuestros políticos. Por eso tenemos que buscar alternativas al modelo actual. Ello implica la revisión del “pacto colonial”, la articulación de nuevos mecanismos de convivencia y relación con las antiguas potencias coloniales y, en general, con el mundo. Pero la culpa no puede ser siempre de los demás: nosotros tenemos que preguntarnos qué hemos hecho mal para seguir como estamos tras más de medio siglo de soberanías. ¿Hemos generado confianza, seguridad, estabilidad, bienestar? Nunca se construirá África únicamente con grandilocuentes discursos demagógicos. ¿Y qué hay detrás de tanta palabrería? ¿Qué se hace en cada uno de nuestros países, qué se ha logrado a nivel continental? Ésa es la cuestión.

**10- ¿Al hilo del modelo que usted evoca, quisiera saber si el nuevo fenómeno que está surgiendo, por ejemplo con los llamados islamistas, no puede también alejar África y los africanos de la libertad soñada?**

Hace poco escribí un artículo sobre esta cuestión en la revista *Mundo Negro*, en la que colaboro desde hace 40 años. Después del descubrimiento de América en 1492, cambiaron radicalmente las formas de relación entre africanos y el resto del mundo, a causa de la esclavitud. Pero nuestra relación con el mundo musulmán también era traumática, por el mismo fenómeno esclavista. Desde entonces luchamos por nuestra libertad y por el reconocimiento de nuestros derechos políticos y culturales. Esa lucha ha sido a veces violenta, ha costado muchas vidas. Pero, creo, pasó el tiempo de la imposición violenta de unas concepciones sobre otras. Hay que dialogar, aportar cada uno su especificidad a un mundo plural, interconexionado e interdependiente, en el que la multiculturalidad es un factor de enriquecimiento de nuestras vidas, no un factor de división y enfrentamiento. Ninguna cultura es superior a otra, ninguna raza es superior a otra, ninguna religión o creencia es portadora de verdades únicas e inmutables. No podemos admitir la expansión del fanatismo, de ningún fundamentalismo. Cada cual es libre de asumir lo que considere “su” verdad, pero de ahí a apalea a los demás por ello, a asesinar por ello... La única intolerancia admisible es la intolerancia hacia la intolerancia. Y en ella debemos estar todos juntos, unidos para preservar el don supremo, la libertad, único valor que permite el progreso del ser humano. No es cuestión de razas, credos, culturas o geografía. Un opresor es un opresor, un ladrón es un ladrón, un asesino es un asesino en todas partes. En mi opinión, Hisène Habré, Mengistu Haile Mariam, Idi Amin, Jean-Bedel Bokassa o Francisco Macías son tan déspotas y genocidas como Hitler y Stalin, europeos, o Pol Pot y Mao Ze Dong, asiáticos. No hay categorías ni diferencias; nunca me solidarizaré con alguno porque sea negro. Cuestiones como ésta deben quedar muy claras.



**11- Se habla cada vez más de una “Littérature-Monde”. Su escritura, *El Metro* también, se refiere a un contexto preciso, su país. ¿Desfase o paradoja?**

Bueno, en realidad, *El Metro* no se desarrolla en Guinea Ecuatorial, mi país, sino en un escenario interafricano múltiple que, en la concepción del autor, intenta abarcar una problemática global para todo nuestro continente. El protagonista es camerunés, aunque en toda la novela no aparece la palabra Camerún; pero para quien conoce un poco de geografía, sabe que Yaundé, Mbalmayo o Ngaundere son topónimos de ese país, aunque funcionen como meras localizaciones de cualquier rincón del África al sur del Sáhara. Al mismo tiempo, el personaje transita por otros territorios africanos. La trayectoria vital de Lambert Obama Ondo es una metáfora del africano actual.

**12- Pero en una entrevista con Michael Ugarte en 2004, usted hacía alusión a Obama como un joven ecuato-guineano. ¿Qué quería usted decir exactamente?**

No recuerdo con exactitud los términos de esa entrevista con Ugarte: ha transcurrido mucho tiempo. En cualquier caso, el protagonista de *El Metro* no es de Guinea Ecuatorial por dos razones sencillas. Acabo de exponer la primera: deseaba exponer una problemática que trasciende mi país, pues se trata de la tragedia de un continente y de toda una generación de africanos; hubiera sido una falacia reducirla a un drama local. En segundo lugar, quería hacer una novela no sobre los problemas de un emigrante africano en Europa, sino abordar la motivación profunda que le obliga emigrar, para lo cual necesitaba un escenario que pudiera ambientar con credibilidad. Y, obviamente, la cultura africana que mejor conozco es la fang. Y como hay fang en Gabón, Camerún, Guinea Ecuatorial -y en otras naciones, como la República Democrática de Congo, Congo-Brazzaville y la República Centroafricana- era obligado situar parte de la acción de la novela en ese contexto. Y elegí el sur de Camerún a modo de representación.

**13- ¿Obama es un personaje real o pura ficción de su parte? ¿Por qué decidió usted dar, digamos, un fin tan triste y pesimista a la obra?**

Obama es un personaje de ficción. No existió como tal persona física. Sin embargo, *El Metro* es, indudablemente, una novela realista: cuanto le sucede a Obama le ocurre, desgraciadamente, a miles, a millones de africanos. El final no podía ser otro: una aventura exitosa podía transmitir el mensaje de que la emigración es la solución, lo cual no es cierto. Cuando los africanos llegamos a Europa -generalmente por causa de la miseria y la falta de libertad, como dije-, encontramos otros problemas importantes: racismo, intolerancia ante la diferencia, pérdida de la propia identidad... Problemas que debían reflejarse en un texto literario. Nada de eso conduce al optimismo. Algún crítico ha reflejado el carácter extremadamente optimista de Lambert Obama Ondo; optimismo consustancial a nuestra naturaleza; pero la realidad es la que es, y el final de la novela refleja con realismo no sólo el arduo peregrinaje, sino la ilusión con la que se persigue el sueño de la felicidad y la durísima experiencia del despertar. Las lecturas pueden ser varias, tantas como los temas propuestos en el texto literario. Mi propósito es suscitar la reflexión sobre el fenómeno, y que cada cual saque sus conclusiones. Ahí termina la labor del escritor. Ahora, que actúen quienes pueden evitar que los sueños se conviertan en pesadilla.

**14- La manera como usted cuenta la historia de Obama en la obra se parece mucho a la de un narrador omnisciente. ¿Cómo explica este perfecto dominio de todos los hechos y ademanes del protagonista en sus últimos detalles, si la obra no es autobiográfica?**

El escritor tiene la obligación de observar los hechos con esmerada atención, hasta penetrar en el lado oscuro de la realidad. No conformarse con el discurso oficial, ni las explicaciones simplistas de los noticieros. Nada ocurre por casualidad. Dije antes que *El Metro* es una novela realista y Obama Ondo, personaje de ficción, representa la tragedia de miles, quizá millones de personas, en este momento, hace cinco años y, si Dios no lo remedia, dentro de una década o más. Eso se debe reflejar de modo realista y convincente. Lo cual requiere verdad, una verdad al alcance de todos, sobre la que debemos reflexionar para que cambien las cosas. Que determinados usos tradicionales le condenen a un exilio interior demuestra que no puede conseguir la felicidad a la que aspira en su aldea, en su terruño, arropado por sus paisajes y sus aires más íntimos; todo ello debe ser expuesto, porque incide de modo decisivo en el resto del periplo, sobre el cual ya hablamos.

Lo demás forma parte de la estilística. En mi opinión, el escritor está obligado a presentar sus textos de forma comprensible, atractiva y atrayente. No olvidemos nunca que la literatura es arte. Exige elaboración, belleza, amenidad, que entre por los ojos y penetre en el espíritu. Si no, el mensaje no llega. Y si no llega el mensaje, se convierte en un experimento fallido. El lector debe ser respetado, y no presentarle ejercicios pueriles mal pergeñados. Me esfuerzo en trabajar mis textos con minuciosidad, en el lenguaje adecuado.

**15- ¿Cómo explica usted el hecho de que la historia narrada en *El Metro* coincide con un evento similar que sucedió en la estación de metro Legazpi, de Madrid, sólo seis meses después de la publicación de su obra? ¿Ha investigado para tener más información sobre la víctima en cuestión, por ejemplo, su nacionalidad, su apellido?**

No. No me encontraba en España en ese momento, sino en Estados Unidos. Pero lo leí en la Prensa. Aunque como ser humano me interesó ese suceso, no tenía ningún sentido ni interés para mi libro, ya publicado. Confirmó, sin embargo, cuanto había expuesto en mi novela. Por eso algunos críticos e investigadores consideran *El Metro* una novela de anticipación, pese a ser hechos que suceden desde hace tiempo.

Pero lo más importante no es eso, sino reivindicar la función del escritor como “notario” de la actualidad de su tiempo. Y, retomando un tema anterior, cómo podemos influir para cambiar la onerosa realidad con el ejercicio responsable y honesto de nuestra actividad. Novelas de cualquier lugar y época -Cervantes, Dostoievski, Stendhal, Victor Hugo, Emile Zola, Charles Dickens, John Steinbeck, Joseph Conrad...- reflejan con nitidez las frustraciones y anhelos de la sociedad de su tiempo, contribuyendo a su transformación. Sin la obra de escritores afroamericanos como W.E.B. Du Bois, James Baldwin, Richard Wright o Ralph Ellison no se hubiese avanzado en la conquista de los derechos civiles en Estados Unidos. Sin las aportaciones de los escritores sudafricanos de todas las razas -Peter Abrahams, Ezekiel Mphahlele, Alex LaGuma, Nadine Gordimer o J. M. Coetzee, sólo ejemplos-, no se hubiese acelerado el fin del *apartheid*. Y es sobradamente conocido el papel de la literatura y de sus creadores en la concienciación y expansión del nacionalismo anticolonial africano desde el final de la I Guerra Mundial hasta las Independencias, el siglo pasado. Es cuanto pretendo: reflejar las circunstancias de la vida actual de los africanos y, si fuera posible, contribuir a su transformación.

**16- Obama defiende a toda costa la tradición africana en detrimento de la “civilización occidental”, un papel que debería desempeñar normalmente su padre. ¿Podemos considerarle como un joven pasado de moda que acabó por soltar lastre cuando palpó la realidad de la inmigración, ya que, al final le vemos, por ejemplo, aceptar a las parejas mixtas y hasta morir por una blanca? ¿Partiendo de su trágica experiencia podemos decir que la migración obliga a veces al migrante comer su “tótem”?**

Como tantos africanos de su generación, el padre de Obama Ondo es un producto del colonialismo. La lucha anticolonial se desarrolló en diversos frentes, como en toda situación de opresión: los guerreros intentan guerrear, otros practican la “resistencia pasiva” en grados diversos, otros se asimilan. Guy Ondo Ebang es un asimilado, y su hijo se rebela contra él. Existen ejemplos de estas actitudes en todas las aldeas africanas. Todo es, pues, normal, al estar enraizado en nuestra historia colectiva. La evolución de Obama es también arquetípica, natural, humana, ya que todos evolucionamos a medida que descubrimos el mundo, sobre todo si se procede de espacios tan cerrados como son nuestros países, donde ni la información es fiable. Obama decide no anclarse ni encerrarse en las propias concepciones; no está dispuesto a poner puertas al campo. Lo contrario sería preocupante. La realidad se descubre de muchas maneras, una de las cuales es viajar; lo importante es estar abierto a comprender al otro, ponerse en su lugar; lo cual no significa asumir cuanto se nos proponga o cuanto veamos; la conciencia humana es esencialmente crítica, y uno debe ser capaz de escoger, desde la libertad, aquello le sirva para construir su vida y ser más feliz, siempre que su opción no produzca la infelicidad de otros. Es la actitud de Obama, prudente y razonable, alejada del fanatismo.

**17- La idea de escribir *El Metro* partiría de una historia/anécdota real que ocurrió entre usted y una pareja española en el metro madrileño, muy tarde, de noche. ¿Qué relación tiene la historia dramática de Obama con la bajada precipitada y/o anticipada de la pareja del metro, acto que se parece a una desconfianza racista?**

No hubo ningún tipo de interacción. Me encontraba en el metro de Madrid, a altas horas de la noche, y observé aquello. Dije antes que la literatura se basa en la observación de la realidad. Y es una realidad que cuando un africano -o cualquier negro- se encuentra con un blanco a altas horas de la noche en un lugar solitario y cerrado, surge el miedo. Sólo se me ocurrió pensar qué habría pasado por la cabeza de esos jóvenes. No se lo pregunté, sólo experimenté en mí su reacción, su, digamos, pánico irracional. Y concebí la idea de reflejar ese tipo de emociones primarias en un texto literario. Esa primera chispa fue madurando y fui construyendo en mi cabeza el relato, añadiendo detalles que, finalmente, forman el cuerpo de la novela. La verdadera anécdota fue la constatación de que yo, una persona pacífica, normal y corriente, pudiera suscitar algún tipo de emoción negativa en los demás sólo por el color de mi piel. Así de simple...

**18- Obama, el protagonista principal, es aquí un sujeto masculino ¿Qué quiere usted enseñar con esta elección? ¿Podría una mujer desempeñar este “papel tan difícil”?**

Sí, por supuesto. En la novela existen personajes femeninos característicos, representativas de todo el espectro africano actual: mujeres tradicionales, revolucionarias, prostitutas inducidas, campesinas, urbanas, señoras de la alta burguesía, con sus virtudes y sus vicios... Personajes femeninos con rasgos nítidos, perfilados con naturalidad, sin caricaturas. No son estereotipos. En los inicios de mi andadura literaria, me costaba describir personajes femeninos; entonces carecía de experiencia sobre la mujer y su mundo interior, sobre todo de las africanas. Había crecido en una sociedad española cerrada, cuando por un beso en un parque te encerraban en una comisaría de policía; y en España apenas había mujeres negras. Quizá deba añadir que, en

aquella época, la mujer no tenía prácticamente ningún papel relevante en la sociedad, africana o europea. Así, mi ignorancia se agregó al hecho de la irrelevancia de la mujer en las sociedades tradicionalistas, como la africana y la española. El resultado es la insignificancia de las protagonistas de mis primeras novelas, *Las tinieblas de tu memoria negra* o *Los poderes de la tempestad*, fruto evidente de la realidad de la época. De manera que la clara evolución del papel de la mujer en mi obra, no sólo en cantidad, sino en protagonismo, se debe a la evolución operada en estos últimos años, y demuestra que *El Metro* es una novela creíble, realista, actual.

**19- En la obra usted describe a varios protagonistas que podríamos considerar secundarios, unos sesenta según nuestro cómputo. ¿Por qué tantos protagonistas? ¿Y cómo explica la falta paradójica de diálogos en la obra?**

Son los personajes normales en la vida de una persona, pues se tiene madre, hermanos, primos, amigos, amores..., y cuanto se va encontrando a lo largo del camino. Me limito a reflejarlo, pues Lambert Obama no vive aislado, sino en sociedad. El texto no es mera elucubración intelectual, sino un relato vivo que transmite realidad. ¿Dice que no hay diálogos? Yo creo que sí los hay. Todo el libro es un ininterrumpido diálogo interior. *El Metro* no es una novela de corte tradicional, donde se describe a los personajes desde fuera; no existe un narrador externo que nos transmite sus impresiones sobre los personajes, sus actos, sentimientos. En mi propuesta, es el propio protagonista quien refleja sus emociones, su visión del mundo, cuanto ocurre y por qué ocurre, sin intermediarios, desde su alma y desde su conciencia. Así le conocemos mejor, se produce una interacción mayor. Esta fórmula, a mi parecer, permite al lector ser protagonista del relato, pues vive con el protagonista la aventura desde el interior, no desde el exterior.

**20- ¿Piensa usted que sería totalmente imposible establecer un cierto diálogo exterior aunque haya emigrantes de diferentes nacionalidades, entre -por ejemplo- un senegalés y un camerunés, ya que vemos que algunos se vuelven amigos, digamos, por la fuerza de las cosas?**

La respuesta es doble: es perfectamente posible, puesto que toda relación -amistosa, amorosa- tiene un origen imprevisible, no pocas veces casual, impuesto por las circunstancias. Sólo hay que “cultivarla” para que sea fructífera. Pero resulta imposible cuando el planteamiento excede la realidad, la naturalidad. En cierto pasaje de *El Metro*, se juntan africanos de nacionalidades diferentes, pero son incapaces de dialogar, de entenderse. Es una realidad africana: unos hablan inglés, otros francés, además de sus idiomas étnicos. Es otra dimensión de la división colonial. Pero ahora, el problema no está ahí, pues, en mi opinión, las lenguas originalmente impuestas ya son tan nuestras como las tradicionales. Y, como dije antes, la fragmentación étnica y lingüística no es un fenómeno africano, sino universal. No es motivo de complejos. Se resuelve con la enseñanza racionalizada de lenguas extranjeras.

**21- Este problema de las lenguas importadas vs lenguas autóctonas parece prolongarse en la actualidad en África negra, sobre todo en el dominio literario; hasta tal punto que nos preguntamos en qué lengua el escritor negroafricano debe escribir. ¿Cuál es su posición con relación a ese debate?**

Mi posición siempre ha sido clara. La insinué antes, pero ahora entramos en ella. Las lenguas oficiales en las que nos expresamos ahora antes fueron impuestas. Recuerdo, y está relatado en *Las tinieblas de tu memoria negra*, cómo aprendimos de niños en la escuela a hablar español: a base de castigos muy crueles. Sin embargo, hoy, es nuestra lengua nacional, tan nuestra como para un español de Burgos, Buenos Aires o México. No escribo en una lengua “extranjera”, ni soy “ladrón de lenguas”: cuando nací en 1950, ya se hablaba

español en mi país, lengua en que fui escolarizado y me formé. No escribo para los españoles o para los venezolanos, sino para mi sociedad, que es la de Guinea Ecuatorial. Si los niveles de alfabetización, y, en general, la calidad educativa ha disminuido en mi país, no se debe a un rechazo de la lengua oficial, sino a la característica esencial de los regímenes dictatoriales que nos malgobiernan desde nuestra independencia, que es el deprecio por la cultura, además de la corrupción y la crueldad. Lo repito: la ignorancia es un eficaz mecanismo de dominación. En mi opinión, todos los guineoecuatorianos deberían hablar y escribir correctamente en español, porque es nuestra lengua oficial, la que vehicula nuestra sociedad y nos permite relacionarnos con el mundo. Esto nada tiene que ver con España: nuestra identidad es doble, hispánica y bantú, y eso forma parte de nuestro ser como individuos y como nación.

Tengo los nombres en la cabeza, pero no quisiera citar a nadie. Pero usted y yo sabemos que algunos escritores hablaron de “lenguas del enemigo”, “lenguas importadas”... No he importado nada, como acabo de decir, pues ya estaba el español en mi país cuando nací. Y no tengo “enemigos culturales”: mi rechazo frontal del colonialismo, del neocolonialismo y demás formas de opresión nada tiene que ver con la cultura, bien universal por excelencia. Pienso que determinados complejos llevan a algunos a esas actitudes estridentes, y yo no tengo ningún complejo ante nadie.

Otra circunstancia importantísima, pero distinta, es la necesaria potenciación de nuestras lenguas autóctonas, algunas de las cuales van desapareciendo por la desculturización que padecemos. Ésa es una tarea que deben abordar los políticos y los lingüistas, no los escritores. Se deben normativizar nuestros idiomas antes de que puedan ser utilizados en la escritura. Un ejemplo: soy fang, lengua con unos tres millones de hablantes y siete variantes dialectales. Si escribo en mi dialecto “ntumu”, ni los fang-ewondo, ni los fang-bulu, ni los fang-okak, etc., me entenderían. ¿Y debo dejar de escribir hasta que en algún siglo futuro sea posible la unificación lingüística? Nadie me puede exigir eso. Y es así con la inmensa mayoría de las lenguas nativas africanas. Otra cuestión también importante: el fang es lengua mayoritaria en mi zona geográfica; si lo impusiéramos como “lengua nacional”, sería en detrimento de las demás etnias, “colonialismo” igualmente inaceptable. Y, por último, sabemos que en Sudáfrica existe una literatura floreciente en zulú, xhosa, ndebele... es un fenómeno directamente relacionado con el racismo extremo practicado durante más de un siglo por el régimen del *apartheid*, que significa “desarrollo separado”. ¿Tendríamos que copiar un método tan bárbaro, tan inhumano, para poder escribir en nuestras lenguas? Son reflexiones que traslado al debate. Lo cual es coherente con mi formulación básica, expuesta a lo largo de este coloquio.

**22- Guinea Ecuatorial interesa cada vez más al francés desde su entrada en la Francofonía y la declaración en 1997 de esta lengua como segunda lengua oficial (y también el portugués como la tercera desde noviembre de 2011). ¿Podemos hablar de conflictos de lenguas europeas en su país?**

No existe ningún conflicto de lenguas europeas en Guinea Ecuatorial. La constitución que aprobamos para acceder a la independencia en 1968 consagra con claridad el español como única lengua oficial. La horrenda tiranía de Macías Nguema la abolió, al considerarla “lengua imperialista”. ¿Y cuál fue la consecuencia? El regreso a la selva. Sería gracioso si los efectos no fueran dramáticos: ¿se imagina a nuestros presidentes y ministros hablando en fang en la Asamblea General de Naciones Unidas en Nueva York o en la Unión Africana en Addis-Abeba? Llega el tirano Obiang Nguema, su sobrino y sucesor, e impone el francés y el portugués como “lenguas cooficiales”. Ahora que los chinos están siendo los nuevos amos de África, sobre todo de Guinea Ecuatorial, ¿extrañaría que mañana nos impongan el mandarín como nueva “lengua cooficial”? Intentemos racionalizar las cosas, y dejarnos de locuras que sólo indican la mentalidad de un dirigente que ha perdido el norte, que no tiene horizontes, que gobierna a golpe de capricho y petrodólares, sin que le importen los verdaderos intereses de su pueblo, uno de los cuales es construir nuestra identidad, saber quiénes somos y hacia dónde vamos.

Y debería conocerse la percepción de la población, que no ha sido consultada al respecto. Y su reacción es de absoluta indiferencia. No ha habido un incremento de la demanda del francés, sino todo lo contrario. Si muchos guineanos chapurrean el francés, se debe a que tienen que huir a los países vecinos, Gabón y Camerún. Esa es la realidad. Con el portugués sucede lo mismo. La segunda esposa oficial de Obiang es originaria de Sao Tomé-Príncipe, y allí tienen inversiones multimillonarias, de las que no goza Guinea Ecuatorial. En mi país nadie habla portugués, ni se interesa por ello. Los propios países lusófonos rechazaron la incorporación de Guinea Ecuatorial, porque no tiene sentido. De manera que no hay conflicto alguno. Todas esas locuras se enmendarán cuando desaparezca la dictadura; entonces se establecerán relaciones fluidas con todos los países y comenzaremos a asentar nuestra propia personalidad.

**23- Algunos críticos estiman (pensamos en el resumen de la contraportada de *El Metro*) que hay un corte radical entre esta novela y sus precedentes, *Las tinieblas de tu memoria negra* y *Los poderes de la tempestad*, percibidas como espacios autobiográficos. ¿Qué le parece a usted?**

Digo siempre que nunca polemizaré con los críticos; mi papel no es criticar a los críticos. Después de su publicación, un libro deja de ser de su autor; cada lector es libre de pensar lo que quiera. Lo cual no significa que el escritor no perciba esos juicios, esa valoración, las reacciones ante su obra. Muchos analistas profesionales cometen errores graves, pero no se los señalo; no es mi función. Algún sesudo crítico ha escrito, por ejemplo, que *El Metro* es la tercera parte de la trilogía, lo que indica, simplemente, que no ha leído el libro. Y así, muchas “invenciones”: se ha dicho que *Las tinieblas de tu memoria negra* es autobiográfica, y no es verdad; nada de cuanto se narra en esa novela me ha sucedido “a mí”. También se ha escrito que *Los poderes de la tempestad* es una autobiografía, y cualquiera sabe que ni soy abogado, ni estuve un solo día en Guinea Ecuatorial en la época de Macías. A esos eminentes académicos les hubiese bastado investigar, preguntar, tener un poco de rigor... ¿Para qué voy a estar discutiendo con ellos? Como dice el adagio, “lo importante es que hablen de mí, aunque sea mal”...

**24- Usted es a la vez escritor, historiador, crítico, ensayista y antologista de la literatura de Guinea Ecuatorial. ¿Eso le distingue de los demás escritores de su país y le asemeja a otros escritores de lengua española?**

Jamás me propuse ser nada de eso. Como Guinea Ecuatorial es un pequeño país, con muy pocas personas dedicadas al mundo de la cultura, mi curiosidad me llevó a acometer esas tareas. Soy periodista de profesión, y he dedicado la mayor parte de mi vida a ejercer ese oficio. Luego los avatares de la vida me llevaron a la promoción cultural, a la difusión del africanismo en España, a la investigación de la historia de mi país y a indagar sobre la literatura de Guinea Ecuatorial. Todo ello, para mi propio conocimiento, puesto que antes no había nada escrito sobre esos temas; ahora se sabe muchísimo más, pero cuando inicié esas actividades en la década de los años 70 del siglo pasado, Guinea Ecuatorial era un país absolutamente desconocido. Como periodista, sentía la necesidad de difundir cuanto iba descubriendo, y así empezó todo. Era una necesidad personal, y una necesidad nacional. Todo cuanto se sabe y se escribe hoy sobre mi país nació de esa manera tan simple: mi propia sed de conocimiento. Las dos mayores satisfacciones que he recibido en mi vida -tan llena de desilusiones- fueron dos frases: cuando conocí a Leoncio Evita personalmente en Bata, en 1986, me abrazó con fuerza: “Gracias a ti, Donato, he vuelto a resucitar”. Y años después, en 2005, durante una recepción-homenaje que me rindió la Universidad de Missouri en Columbia, Estados Unidos, la profesora Nicole Price terminó su discurso con estas palabras: “Gracias, Donato, por existir”.

**25- ¿Por qué usted no pone títulos en los capítulos de sus novelas en general y en *El Metro* en particular?**

Porque me parece que el título general ya define el libro, y resulta innecesario especificar cada capítulo. Y escojo títulos que no den demasiadas pistas al lector, como estrategia; la lectura del libro justificará el título elegido, tarea que quiero compartir con el lector, al que no considero un simple sujeto pasivo, sino parte importante y activa de la propuesta. Es un cómplice.

**26- El artista músico (reggae, marfileño) Tiken Jah Facoly dijo en su último álbum que nadie cambiará África en nuestro lugar y que debemos levantarnos todos para que cambien las cosas. ¿Está usted de acuerdo con él? ¿Cómo piensa que este cambio debe operarse incluso en las producciones literarias y culturales africanas?**

No conozco a este artista, ni conocía sus declaraciones, pero las comparto totalmente. He escrito sobre ello, diciendo lo mismo: nadie arriesgará su vida por nuestra libertad y nuestro bienestar; sólo nosotros mismos podemos luchar por ello, para que sean conquistas irreversibles y no “favores” con un precio. Esta convicción es fruto de una profunda reflexión. En más de medio siglo de independencias, los africanos clamamos ante el mundo sin que nadie nos haga caso. Todos buscan satisfacer sus necesidades, proteger sus intereses. ¿Cuándo los africanos procuraremos los nuestros? Se han producido levantamientos, se han sacrificado millones de vidas, y no ha servido para nada. Dos son las razones, a mi parecer: la reacción de las fuerzas contrarias a la libertad y a la prosperidad de los africanos, y el insuficiente ímpetu de los propios africanos. El esfuerzo de las generaciones postcoloniales africanas debe centrarse en convencer a europeos, americanos y al resto del mundo de que somos capaces y estamos capacitados para asumir nuestros destinos; pero mientras existan africanos dispuestos a cobrar el mísero salario de Judas para traicionar a sus hermanos, poco podemos esperar. No estamos ya en la época de las reivindicaciones soberanistas; el colonialismo debe pasar al desván de la Historia, ser sólo materia de estudio y análisis, para que sea irrepetible; nos toca conquistar la libertad y la prosperidad, y el discurso debe ser otro: nuevas propuestas, otros enfoques. Insistir en lo que nos une como seres humanos, exigir la dignidad y la dignificación, resucitar nuestros valores positivos, llenos de un humanismo muy necesario en la sociedad internacional. Convencer de que las dictaduras no han resuelto ni un solo problema, y han creado otros muchos... En fin, el reto es arduo, pero la inteligencia puede dictarnos mejores argumentos y métodos más eficaces que la fuerza bruta o el radicalismo verbal.

La Historia no se hace en un día. La opresión dura ya siglos, pero tanto nuestra historia como la Historia comparada demuestran que conseguiremos estos objetivos si seguimos insistiendo. ¿Qué se puede hacer desde la literatura, desde el ámbito cultural? Músicos, artistas plásticos, escritores, tenemos hoy un papel importante en la tarea de sublevar las conciencias. Lo he dicho en más de una ocasión: concibo la literatura como subversión; además de deleitar, debemos inocular en la mente del lector nuestras frustraciones y anhelos, convirtiéndole en cómplice de nuestra tarea transformadora. Así ha sido siempre. Si poseemos el instrumento, utilicémoslo con inteligencia y habilidad.

**27- ¿Cómo sitúa su trabajo literario con respecto al de sus homólogos africanos y afro-americanos?**

Me siento un eslabón más de una cadena que empezó a forjarse siglos antes de mi nacimiento, y que continuará muchísimo tiempo después de mi muerte. Nada más. No me considero ni más ni menos importante. Hago mi trabajo con humildad, porque es lo que quiero hacer y para ello estoy capacitado. Se es consciente de la vocación en un momento determinado, a veces a través de un proceso plagado de casualidades. Y sigo inmerso en ese proceso, iniciado cuando leí por primera vez -tendría 16 o 17 años- a Chinua Achebe.

Después, como ya dije, fue la curiosidad: no conformarme con lo que dicen, con la mera realidad, sino ahondar, investigar, descubrir lo que se esconde al otro lado del horizonte, como dice Lambert Obama Ondo.

**28- ¿Qué opina usted de los jóvenes autores de Guinea Ecuatorial y singularmente de las autoras?**

Cada uno tiene su trabajo, y debe ejercer su función. Existen valores emergentes, valiosos. Pero abundan los diletantes. A una persona que dice dedicarse a la creación cultural se le supone un don, que lleva inherente un elemento fundamental que llamamos sensibilidad. Un creador insensible no es un artista, sino un mero funcionario. La sensibilidad debe llevar una especial preocupación por los problemas que aquejan al cuerpo social, savia de su obra. Sin ella, la obra es artificio, un timo, nace muerta y no fructifica. Cuando algunos se limitan a contemplar la miseria y la opresión desde su atalaya de supuestos “intelectuales”, se convierten en bufones del poder; o, peor, en cínicos vividores que estafan a la sociedad. Con su actitud, dotan de asideros a la tiranía, contribuyendo a mantener y vivificar la opresión. Soy y seré siempre crítico con gente como ésa, sean de mi país y o de otros lugares. Los dictadores africanos están rodeados de sabios que debieran poner sus conocimientos al servicio del desarrollo de sus pueblos, y no al servicio de la opresión de sus pueblos. Mi actitud me causa problemas, algunos muy serios, que algún día haré públicos; pero creo que también forma parte de mi trabajo señalar estas distorsiones, estas manipulaciones. Allá ellos. Pero todos deben saber que nunca perdura la literatura o el arte hagiográficos. Es la única reflexión que puedo hacer al respecto, igualmente válida para hombres y mujeres

**29- Usted acaba de hablar de don a propósito del escritor o del artista. Quisiera saber si un investigador *lambda* (es decir cualquier investigador) puede convertirse de un día para otro en un escritor.**

Al hablar de “don”, parto de dos conceptos. Primero, cualquier persona es capaz de hacer lo que hace cualquier otra persona; al mismo tiempo, no todo el mundo es capaz de hacer lo que hace otro. Yo, Donato Ndongu, no podría ser médico. Como persona humana, sí soy capaz de ser médico, porque si hay otros médicos yo también puedo serlo; pero carezco de las aptitudes necesarias, aunque estudiase Medicina. Sin embargo, creo que tengo las cualidades necesarias para hacer lo que hago. De ahí la vocación, que requiere capacidad y capacitación. Por eso hablo de “don”, que encierra -o se da por supuesto que encierra- una serie de elementos connaturales: algunos están más capacitados que otros para las Matemáticas, o para el Sacerdocio, o para la Filosofía. Y si han escogido esa función, deben ejercerla con idoneidad. No sé si me explico...

Hay gente que sabe perfectamente que es incapaz, o que ya ha llegado al límite de sus capacidades, pero permanece en el puesto hasta que el cuerpo aguante. Eso es, entre otras cosas, inmoral. En otras sociedades se estableció un límite para los mandatos presidenciales, para prevenir situaciones como las que padecemos: dirigentes que “gobiernan” durante veinte, treinta, cuarenta años... sin ya nada que aportar. Podemos extrapolar esta idea a otras funciones: sacerdotes que no predicán con el ejemplo, funcionarios venales, médicos que matan... Todo eso lo padecemos en nuestros países, ¿verdad? Si cada uno hiciera lo que sabe y puede hacer, con honestidad y rigor, nos iría mucho mejor. Por eso es necesaria la democracia, para poner límites a los abusos: que todos podamos hablar y no nos impongan un discurso único, que los ladrones y los asesinos vivan en las cárceles, para que la Justicia reconozca lo justo. La propuesta es que, desde nuestras propias concepciones, hallemos los mecanismos para poner fin a tanta angustia de siglos.



**30- Se suele decir que la literatura de Guinea Ecuatorial es joven, emergente. ¿Tiene usted a veces el sentimiento de tratar ahora temas -la dictadura, por ejemplo- ya abordados y supuestamente superados por otras literaturas africanas (francófona, anglófona o lusófona)?**

No tengo esa impresión, ni me preocupa. Cualquier tema es susceptible de ser abordado por un escritor, aunque haya sido tratado por otros. La literatura es un ejercicio recurrente. Cuando leemos a los clásicos griegos, vemos que temas ya planteados por ellos siguen siendo vigentes tantos siglos después: el amor, el poder, el enigma del ser... Lo que importa en literatura es la aportación de cada cual. Y yo tengo la obligación de intentar poner nuestra impronta, nuestra especificidad, en consonancia con mi época y mi sociedad.

No renunciaremos a la literatura porque todo parece ya dicho. Me puede gustar lo escrito por otros, puedo coincidir con su pensamiento o su planteamiento, pero, como dijo un filósofo español, “yo soy yo y mis circunstancias”. No necesito copiar a nadie, pues cada experiencia, individual o colectiva, es lo suficientemente rica para nutrir la imaginación.

**31- La singularidad lingüística de Guinea Ecuatorial hace de él un país “raro” en el panorama literario del África subsahariana. ¿Qué relación mantiene usted con los autores francófonos? ¿A cuál de ellos ha leído más?**

Desde joven, leo cuanto puedo. Desgraciadamente, la literatura africana es un fenómeno reciente en España. Recuerdo que hace ya muchos años, hacia 1981, publiqué un pequeño artículo en el suplemento cultural de “Diario 16” -donde trabajaba entonces- sobre el desconocimiento generalizado de la literatura africana en España. Me encontraba en Guinea Ecuatorial cuando Wole Soyinka ganó el premio Nobel, pero sé que cundió el pánico en las redacciones de los periódicos, pues nadie sabía quién era. Desde entonces ha cambiado bastante el panorama, aunque África sigue estando muy lejos de España, a pesar de su proximidad geográfica.

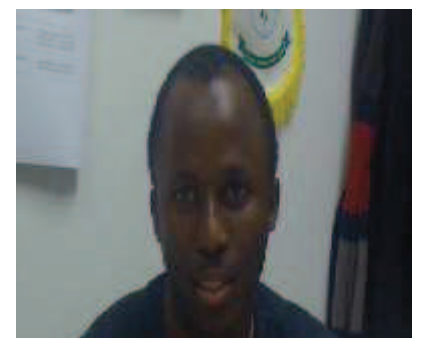
Aun así, intento estar al día sobre lo que se escribe en África, al norte y al sur del Sáhara. Pero no es fácil conseguir los libros. Sin ser una lista exclusiva -puede usted ver mi extensa biblioteca- conozco bien la obra de Senghor, Tchicaya U'Tamsi, Rabemananjara; Camara Laye, Sembène Ousmane, Mongo Beti, Henri Lopes, Ferdinand Oyono, Ahmadou Kourouma, al que tuve el placer de conocer personalmente poco antes de su muerte, etc. Además de esos “mayores”, me interesan jóvenes Sony Labou Tansi -cuya trágica muerte se produjo hallándome en Libreville-, Emmanuel Dongala, Aïda Mady Diallo, Alain Mabanckou, Sami Tchak, etc.

Guinea Ecuatorial es, efectivamente, singular en África, no sólo por su peculiaridad lingüística. El modelo colonial nos dejó aún más aislados. Francia y el Reino Unido eran democracias que tenían colonias en África. Pero España y Portugal eran dictaduras, por lo cual sufrimos una doble opresión y un doble aislamiento. Y como los lusófonos son varios, la soledad de Guinea Ecuatorial es aún más evidente. Situación agravada por las terribles tiranías que padecemos, extrañas hasta en un Continente plagado de dictaduras. El régimen de Obiang pretende salir de ese aislamiento, pero sus recetas no son eficaces: la solución no es apuntarse a todos los clubes, ni repartir millones de dólares por doquier, como un “nuevo rico” deseoso de comprar voluntades y credibilidad, de “codearse” con los poderosos.... Así sólo consigue la burla del mundo. La solución es la libertad, una integración regional y continental desde la libertad, un verdadero desarrollo cultural basado en la libertad. Si el país -sus habitantes, no sus árboles- es libre y próspero, la credibilidad llega sola y el respeto es merecido.

**32- Los caminos de los emigrantes en la obra acaban por cruzarse con los de la trata negrera, subsahariana y transatlántica, con el terror a lo desconocido, el pavor del mar y del desierto. Ahora bien, las literaturas africanas casi nunca hablan de estas tragedias que marcaron África y el resto del “Tout-Monde”. Aparte su cuento *La travesía*, nada más. Prolongamos aquí una observación de Victorien Lavou Zoungbo<sup>2</sup>. ¿Qué opina usted?**

Creo que se debe a dos razones. La primera, que las literaturas africanas están preocupadas por sus países y por sus sociedades, que no terminan de despegar hacia la libertad y el bienestar. El escritor africano postcolonial es una persona preocupada ante todo, por lo más inmediato; preocupación que, por lo general, provoca la incomodidad de los gobernantes; es perseguido, encarcelado, a veces asesinado, y carne de exilio. La segunda, que la esclavitud se va desdibujando, diluyendo. No es -salvada toda distancia- como el holocausto judío, que permanece en la conciencia de la Humanidad porque es necesario que sea así. Cuanto más pasa el tiempo, menos interesa recordar ese crimen de lesa Humanidad que duró casi cuatro siglos. A veces surgen intentos, como la serie americana “Raíces”, o la reciente película de Spielberg. De manera que eso también forma parte del “pacto colonial”, que es necesario romper, o renegociar. La prueba es que han fracasado todos los intentos de los negros por reavivar el debate y exigir la reparación, siquiera moral.

Lo cual nos lleva a otro tema para el debate. Si los africanos no escribimos sobre la esclavitud -y casi ya tampoco sobre el colonialismo-, es muy posible que sea porque no interesa a nadie resucitar esa temática. La realidad es que, para tener una presencia significativa, un escritor africano debe publicar en una editorial europea o norteamericana. ¿Por qué los escritores africanos publicamos fuera de África? ¿Por qué no existen en nuestros países infraestructuras culturales capaces de competir con las de fuera, que nos otorgarían mayor libertad de creación? Cuando tengamos nuestras propias editoriales y sus canales de distribución y de difusión, podremos abordar los temas que nos interesen a nosotros. Mientras tanto, seguiremos escribiendo lo que podamos publicar, que equivale a decir que escribimos lo que interesa a otros, contribuyendo a solidificar la percepción de un África “fallida”. Mientras dependamos de otros para cualquier cuestión -política, económica o cultural- es quimérico hablar de independencias y de soberanía, porque sin el control de esos mecanismos, no somos ni independientes ni soberanos.



***Koné Ténou, iniciador de la entrevista  
Doctorando,  
Grupo de Estudio e Investigaciones sobre lo-a-s Negro-a-s de América latina (GRENAL<sup>3</sup>)***

---

<sup>2</sup> Victorien LAVOU ZOUNGBO, « ‘Double consciousness’ et ‘sujet culture’ : un dialogue critique à partir de la transcription de l’errance-migration dans *El metro* (2007) de Donato Ndongo-Bydyogo. Linéaments » in *Les blancs de l’histoire. Afro-descendance, parcours de représentation et constructions hégémoniques*, Perpignan, Presses Universitaires de Perpignan, 2013, p. 227-259.

<sup>3</sup> El comité científico del grupo de investigación agradece a Donato Ndongo-Bidyogo y Koné Ténou el haber autorizado la publicación de esta entrevista.